

## 6. EL NUEVO PARADIGMA ESTÉTICO

Sólo tardíamente se destacó el arte en la historia de Occidente como actividad específica tributaria de una referencia axiológica particularizada. En las sociedades arcaicas, la danza, la música, la elaboración de formas plásticas y de signos sobre el cuerpo, sobre objetos, sobre el suelo, estaban íntimamente asociadas a las actividades rituales y a las representaciones religiosas. Las relaciones sociales, los intercambios económicos y matrimoniales eran asimismo poco discernibles de la vida en conjunto de lo que he propuesto llamar Conformaciones territorializadas de enunciación. A través de diversos modos de semiotización, sistemas de representación y prácticas multirreferenciadas, estas conformaciones lograban hacer cristalizar segmentos complementarios de subjetividad. Ponían al descubierto una alteridad social por conjugación de la filiación y la alianza; inducían una ontogénesis personal mediante el juego de los grupos etarios y de las iniciaciones, de suerte que cada individuo se hallaba envuelto en varias identi-

dades transversales colectivas o, si se prefiere, se encontraba situado en el cruce de numerosos vectores de subjetivación parcial. En estas condiciones, el psiquismo de un individuo no se organizaba en facultades interiorizadas sino que empalmaba con una gama de registros expresivos y prácticas directamente conectados con la vida social y el mundo exterior. Semejante interpenetración del *socius* con las actividades materiales y los modos de semiotización dejaba poco espacio a una división y a una especialización del trabajo –siendo la noción de trabajo ella misma imprecisa– y menos aún al desgajamiento de una esfera estética diferenciada de otras esferas económicas, sociales, religiosas, políticas.

No es cuestión aquí de volver a trazar, aun sumariamente, las diversas vías de desterritorialización de estas Conformaciones territorializadas de enunciación. Observemos solamente que su evolución general irá en el sentido de una acentuación de la individuación de la subjetividad, de una pérdida de su polivocidad –piénsese simplemente en la multiplicación de nombres propios atribuidos a un individuo en muchas sociedades arcaicas– y de una autonomización de los Universos de valor del orden de lo divino, el bien, lo verdadero, lo bello, el poder... Esa sectorización de los modos de valorización está hoy tan arraigada en la aprehensión cognitiva de nuestra época, que nos es difícil pasarla por alto cuando intentamos descifrar las sociedades del pasado. Cómo imaginar, por ejemplo, que un príncipe del Renacimiento no comprara obras de arte sino que atara a su persona a maestros cuya notoriedad redundaba en su propio prestigio. Resulta opaca para nosotros la subjetividad corporatista, con sus implicaciones piadosas, de los maestros artesanos de la Edad Media que edificaron las catedrales. No podemos

contenemos de estetizar un arte rupestre del que todo hace pensar que tenía un alcance fundamentalmente tecnológico y cultural. Así, toda lectura del pasado está inevitablemente sobreco-dificada por nuestras referencias al presente. Tomar partido por ellas no significa que debamos unificar ángulos de visión intrínsecamente heterogéneos. Hace unos años, una exposición neoyorquina presentaba en paralelo obras cubistas y producciones de lo que se ha convenido en llamar arte primitivo. Surgían así correlaciones formales, formalistas, y a la larga bastante superficiales, separadas como quedaban ambas series de creación de su contexto respectivo, de un lado tribal, étnico, mítico, y del otro cultural, histórico, económico. No olvidemos que la fascinación suscitada en los cubistas por el arte africano, indio y de Oceanía, no era únicamente de orden plástico sino que se asociaba a un exotismo de época, relevado por las exploraciones, las expediciones coloniales, los diarios de viaje, las novelas de aventuras, y cuyo aura de misterio se intensificaba con la fotografía, el cine, las grabaciones sonoras y el desarrollo de la etnología de campo. Entonces, si proyectar sobre el pasado los paradigmas estéticos de la modernidad no es ilegítimo, y en cambio es sin duda inevitable, se lo habrá de admitir siempre y cuando se tome en cuenta el carácter relativo y virtual de las constelaciones de Universos de valor a las que este género de recomposición da lugar.

La ciencia, la técnica, la filosofía, el arte, la conducta de los hombres se enfrentan respectivamente con coacciones, con resistencias de material específicas que ellos desligan y articulan dentro de los límites dados. Lo hacen con ayuda de códigos, conocimientos, enseñanzas históricas que los inducen a cerrar ciertas puertas y a abrir otras. Las relaciones entre los

modos finitos de estos materiales y los atributos infinitos de los Universos de posible que implican, difieren en el seno de cada una de estas actividades. La filosofía, por ejemplo, genera su propio registro de coacciones creativas, segrega su material de referencia textual; proyecta su finitud a una potencia infinita correspondiente al autopoicionamiento, a la autoconsistencia de sus conceptos clave, al menos en cada fase mutante de su desarrollo. Por su lado, los paradigmas de la tecnología ponen el acento sobre un mundo objetual de relaciones y funciones que tiene sistemáticamente entre paréntesis los afectos subjetivos, de suerte que lo finito, lo delimitado coordinable venga siempre a primar sobre lo infinito de sus referencias virtuales. Con el arte, por el contrario, la finitud del material sensible deviene soporte de una producción de afectos y de perceptos que tenderá cada vez más a excentrarse respecto de los marcos y coordenadas preformados. Marcel Duchamp declaraba: “El arte es un camino que lleva hacia regiones no regidas por el tiempo y el espacio”. Los diferentes dominios del pensamiento, de la acción, de la sensibilidad posicionan, pues, de manera disímil su movimiento del infinito en el curso del tiempo, o más bien de épocas que pueden retornar o cruzarse entre sí. Por ejemplo, la teología, la filosofía y la música no componen hoy una constelación tan fuerte como en la Edad Media. El metabolismo de lo infinito, propio de cada Conformación, no está fijado de una vez para siempre. Y cuando una mutación importante surge en el seno de un dominio, puede tener “repercusiones”, puede contaminar transversalmente múltiples otros dominios (por ejemplo, el efecto de la reproducibilidad potencialmente ilimitada del texto y la imagen por la imprenta en el de las artes y letras, o la potencia de transferencia cognitiva adquirida por los algoritmos matemáticos en el de las ciencias).

La potencia estética de sentir, aunque igual dé derecho a las otras potencias de pensar filosóficamente, de conocer científicamente, de actuar políticamente, nos parece en trance de ocupar una posición privilegiada en el seno de las Conformaciones colectivas de enunciación de nuestra época. Pero, antes de abordar esta cuestión, es necesario aclarar más su posición en el seno de las Conformaciones anteriores.

Volvamos entonces a las Conformaciones territorializadas de enunciación. No constituyen, estrictamente hablando, una etapa histórica particular. Si bien pueden caracterizar a las sociedades sin escritura y sin Estado, encontramos supervivencias o incluso renacimientos activos de ellas en las sociedades capitalísticas desarrolladas, y sin duda se puede pensar que conservarán un peso significativo en las sociedades poscapitalísticas. Aspectos de este mismo género de subjetividad polisémica, animista, transindividual reaparecen igualmente en el mundo de la primera infancia, de la locura, de la pasión amorosa, de la creación artística. Por eso más vale hablar aquí de paradigma protoestético para subrayar que no nos referimos al arte institucionalizado, a sus obras manifestadas en el campo social, sino a una dimensión de creación en estado naciente, perpetuamente más arriba de ella misma, potencia de emergencia que subsume la contingencia y los azares de las empresas de puesta en el ser de Universos inmateriales. Horizonte remanente del tiempo discursivo (del tiempo marcado por los relojes sociales), una duración eternitaria escapa a la alternativa recuerdo-olvido y habita con intensidad pasmosa el afecto de la subjetividad territorializada. El Territorio existencial se hace aquí a la vez tierra natal, pertenencia al yo, apego al clan, efusión cósmica.

En este primer ejemplo de Conformación la categoría de espacio se encuentra en una postura que podemos calificar de

globalmente estetizada. Estratos espaciales polifónicos, a menudo concéntricos, parecen atraer hacia sí y colonizar todos los niveles de alteridad que por otra parte engendran. Los objetos se instauran a su respecto en posición transversal, vibratoria, confiriéndoles un alma, un devenir ancestral, animal, vegetal, cósmico. Estas objetidades-subjetidades son llevadas a trabajar por cuenta propia, a encarnarse en foco animista; se encabalgan unas en otras, se invaden para constituir entidades colectivas mitad-cosa mitad-alma, mitad-hombre, mitad-animal, máquina y flujo, materia y signo... Lo extranjero, lo extraño, la alteridad maléfica son rechazados hacia un exterior amenazante. Pero las esferas de la exterioridad no están radicalmente separadas del interior. Objetos internos malos tienen que responder por todo cuanto rige los mundos exteriores. De hecho, no hay verdaderamente exterioridad: la subjetividad colectiva territorializada es hegemónica; ella vuelca unos sobre otros los Universos de valor en un movimiento general de repliegue sobre sí misma. Ella ritma los tiempos y los espacios al capricho de sus compases interiores, de sus ritornelos rituales. Los acontecimientos del macrocosmos son asimilados a los del microcosmos, del que por otra parte tienen que dar cuenta. El espacio y el tiempo nunca son, pues, receptáculos neutros; deben ser cumplidos, engendrados por producciones de subjetividad que comprometan cantos, danzas, relatos sobre los antepasados y dioses... Aquí no existe trabajo alguno efectuado sobre formas materiales que no presentifique entidades inmateriales. A la inversa, toda pulsión hacia un infinito desterritorializado se acompaña de un movimiento de repliegue hacia límites territorializados, correlativo de un goce del pasaje al para-sí colectivo y de sus misterios fusionales e iniciáticos.

Con las Conformaciones desterritorializadas, cada esfera de valorización erige un polo de referencia trascendente auto-

mizado: lo Verdadero de las idealidades lógicas, el Bien de la voluntad moral, la Ley del espacio público, el Capital del intercambio económico, lo Bello del dominio estético... Este recorte de la trascendencia es consecutivo de una individuación de la subjetividad que se encuentra ella misma fragmentada en facultades modulares como la Razón, el Entendimiento, la Voluntad, la Afectividad... La segmentación del movimiento infinito de desterritorialización se acompaña de una reterritorialización esta vez incorporal, de una reificación inmaterial. La valorización que, en la figura precedente, era polifónica y rizomática, se bipolariza, se maniqueíza, se jerarquiza y, particularizando sus componentes, tiende en cierto modo a esterilizarse. Dualismos en *impasse*, como las oposiciones entre lo sensible y lo inteligible, el pensamiento y la extensión, lo real y lo imaginario, inducirán el recurso a instancias trascendentes omnipotentes y homogenéticas: Dios, el Ser, el Espíritu absoluto, la Energía, el Significante... Se pierde entonces la antigua interdependencia de los valores territorializados, así como las experimentaciones, los rituales, los bricolajes que conducían a invocarlos y a provocarlos con riesgo de que se revelasen evanescentes, mudos, sin “garante” y hasta peligrosos. El valor trascendente se plantea como inamovible, siempre ya ahí y debiendo serlo siempre. A su respecto la subjetividad queda en falta perpetua, culpable a priori, como mínimo, en estado de “dilación ilimitada” (según la fórmula de *El Proceso* de Kafka). La “mentira del ideal”, como escribía Nietzsche, deviene “la maldición suspendida por encima de la realidad”.<sup>1</sup> De este modo, la subjetividad modular ya no tiene influjo sobre la an-

1. *Ecce Homo*, prefacio, trad. Henri Albert, París, Mercure de France.

tigua dimensión de emergencia de los valores, que queda neutralizada bajo el peso de los códigos, de las reglas, de las leyes dictados por el enunciador trascendente. No resulta ya de una intrincación, con contornos cambiantes, de las esferas de valorización amarradas a las materias de expresión; como individuación reificada, se recompone a partir de Universales dispuestos según una jerarquía arborescente. Derechos, deberes y normas imprescriptibles expropián las antiguas prohibiciones que siempre reservaban un lugar a la conjura y la transgresión.

Estas sectorización y bipolarización de los valores pueden ser definidas como capitalísticas en razón del aplanamiento, de la descalificación sistemática de las materias de expresión a la que proceden y que las impulsa hacia la órbita de la valorización económica del Capital, que trata en pie de igualdad formal los valores de deseo, los valores de uso, los valores de cambio y pone a las cualidades diferenciales y a las intensidades no discursivas en dependencia exclusiva de relaciones binarias y lineales. La subjetividad se ha estandarizado a través de una comunicación que desaloja cuanto es posible las composiciones enunciativas transemióticas y amodales. Se desliza así hacia el borrado progresivo de la polisemia, de la prosodia, del gesto, de la mímica, de la postura, en provecho de una lengua rigurosamente sujeta a las máquinas escriturarias y sus avatares masmediáticos. En sus formas contemporáneas extremas, se resume en un trueque de fichas informacionales calculables en cantidad de *bits* (*binary digits*) y reproducibles en computadora. Así, la individuación modular hace estallar las sobredeterminaciones complejas entre los antiguos Territorios existenciales para remodelar Facultades mentales, un yo, órganos, modalidades de alteridad personalógica, sexuales, familiares, como otras tantas piezas compatibles con la mecánica social dominante. En este tipo de Conformación desterritorial-



lizada, el Significante capitalístico, como simulacro del imaginario del poder, tiene, pues, vocación de sobrecodificar a todos los otros Universos de valor. Así se extiende sobre los que habitan el dominio del percepto y del afecto estético, que permanecen sin embargo, frente a la invasión de las redundancias canónicas y gracias a la reapertura precaria de líneas de fuga que van de los estratos finitos hacia el infinito incorporal, como focos de resistencia de la resingularización y de la heterogénesis.

Al igual que las Conformaciones emergentes territorializadas, las Conformaciones capitalísticas desterritorializadas no constituyen etapas históricas delimitadas. (Pulsiones capitalísticas pueden hallarse en el seno de los imperios egipcios, mesopotámicos y chinos, y luego durante toda la Antigüedad clásica.) El tercer tipo de Conformación procesual será aún más difícil de perfilar puesto que sólo se lo propone aquí con carácter prospectivo, únicamente a partir de huellas y síntomas que parece manifestar hoy. Antes que marginalizar el paradigma estético, le confiere una posición clave de transversalidad respecto de los otros Universos de valor, de los que intensifica, cada uno por su parte, los focos creacionistas de consistencia autopoiética. Sin embargo, el fin de la autarquía y de la desecación de los Universos de valor de la figura precedente no es sinónimo de un retorno a la agregación territorializada de las Conformaciones emergentes. Del régimen de la trascendencia reduccionista no se vuelve a caer en la reterritorialización del movimiento de lo infinito sobre los modos finitos. La estetización general (y relativa) de los diversos Universos de valor conduce a un reencantamiento de las modalidades expresivas de la subjetivación, de naturaleza diferente. Magia, misterio y

demonismo no emanarán ya, como en otro tiempo, de la misma aura totémica. Los Territorios existenciales se diversifican, se heterogeneizan. El acontecimiento ya no se cierra sobre el mito; deviene foco de relanzamiento procesual. El choque incesante del movimiento del arte contra los marcos establecidos (ya desde el Renacimiento, pero sobre todo durante la época moderna), su propensión a renovar sus materias de expresión y la textura ontológica de los perceptos y afectos que promueve, operan, si no una contaminación directa de los otros dominios, al menos la puesta en relieve y la reevaluación de las dimensiones creativas que los atraviesan a todos. Salta a la luz que el arte no tiene el monopolio de la creación, pero lleva a su punto extremo una capacidad mutante de invención de coordenadas, de engendramiento de cualidades de ser inauditas, jamás vistas, jamás pensadas. El umbral decisivo de constitución de este nuevo paradigma estético reside en la aptitud de estos procesos de creación para autoafirmarse como foco existencial, como máquina autopoiética. Ya se puede presentir el levantamiento de la sujeción sobre las ciencias constituido por la referencia a una Verdad trascendente como garante de su consistencia de principio, la cual parece tener que depender, cada vez más hoy en día, de modelizaciones operacionales ceñidas al máximo a la empiria inmanente. Por otra parte, sean cuales fueren los rodeos de la Historia, la creatividad social parece llamada a expropiar sus antiguos encuadres ideológicos rígidos, en particular los que servían de caución a la eminencia del poder de Estado y los que hacen aún del mercado capitalístico una verdadera religión. Si en el presente nos volvemos hacia una disciplina como el psicoanálisis, que pretendió afirmarse como científica, será cada vez más patente que tiene todo por ganar si se coloca bajo la égida de este nuevo tipo de paradigma estético procesual. Sólo por este camino podrá re-

conquistar la creatividad de sus años locos de comienzos de siglo. El psicoanálisis tiene vocación (según dispositivos, procedimientos y referencias renovadas y abiertas al cambio) de engendrar una subjetividad a salvo de las modelizaciones adaptativas y susceptibles de armonizar con las singularidades y mutaciones de nuestra época. Podríamos multiplicar los ejemplos: en todos los dominios encontraríamos el mismo entrelazamiento de tres tendencias: una heterogeneificación ontológica de Universos de referencia desplegados a través de lo que he llamado movimiento de lo infinito; una transversalidad maquina abstracta articuladora de las multitudes de interfaces finitas que manifiestan a estos Universos en un mismo hipertexto<sup>2</sup> o plano de consistencia; una multiplicación y particularización de los focos de consistencia autopoiética (Territorios existenciales). Este paradigma estético procesual trabaja con (y es trabajado por) los paradigmas científicos y los paradigmas éticos. Se instauro transversalmente a la tecnociencia porque los *Phylums* maquina de ésta son por esencia de orden creativo, y porque esta creatividad tiende a coincidir con la del proceso artístico. Pero para tender un puente de esta clase debemos deshacernos de las visiones mecanicistas de la máquina y promover una concepción de ésta que englobe a la vez sus aspectos tecnológicos, biológicos, informáticos, sociales, teóricos, estéticos. Y aquí también la máquina estética nos parece la mejor situada para revelar algunas de sus dimensiones esenciales, a menudo desconocidas: la de la finitud relativa a su vida y a su muerte, la de producción de protoalteridad en el registro de su entorno y de sus implicaciones múltiples, la de sus filiaciones genéticas incorporales.

2. Cf. Pierre Lévy, *op. cit.*

El nuevo paradigma estético tiene implicaciones ético-políticas porque hablar de creación es hablar de responsabilidad de la instancia creativa respecto de la cosa creada, inflexión de estado de cosas, bifurcación más allá de los esquemas preestablecidos, puesta en consideración, también aquí, del destino de la alteridad en sus modalidades extremas. Pero esta elección ética no emana ya de una enunciación trascendente, de un código de ley o de un dios único y todopoderoso. La génesis misma de la enunciación está tomada en el movimiento de creación procesual. Se lo ve claramente con la enunciación científica, siempre de cabeza múltiple: cabeza individual, ciertamente, pero también cabeza colectiva, cabeza institucional, cabeza maquínica con los dispositivos experimentales, la informática, los bancos de datos, la inteligencia artificial... El proceso de diferenciación de estas interfaces maquínicas desmultiplica los focos enunciativos autopoieticos y los torna parciales a medida que él mismo se despliega en todas las direcciones a través de los campos de virtualidad de los Universos de referencia. Pero con este estallido de la individuación del sujeto y con esta desmultiplicación de interfaces, ¿cómo hablar todavía de Universos de valor? Cesando de ser agregados y territorializados (como en la primera figura de Conformación), o autonomizados y trascendentalizados (como en la segunda), ahora son cristalizados en constelaciones singulares y dinámicas que envuelven y retoman permanentemente estos dos modos de producción subjetivos y maquínicos. Jamás deberá confundirse aquí el maquinismo con el mecanismo. El maquinismo en el sentido en que yo lo entiendo implica un doble proceso autopoietico-creativo y ético-ontológico (la existencia de una “materia de elección”) que es totalmente extraño al mecanismo. Por eso el inmenso engarce de máquinas en que consiste el mundo de hoy se encuentra en posición autofunda-

dora de su puesta en el ser. El ser no precede a la esencia ma-  
quínica; el proceso precede a la heterogénesis del ser.

Emergencia amarrada a los Territorios colectivos, Universales trascendentes, Inmanencia procesual: tres modalidades de praxis y de subjetivación que especifican tres tipos de Conformación de enunciación que son obra tanto de la psique, de las sociedades humanas, del mundo viviente, de las especies maquínicas y en último extremo del Cosmos. Semejante ensanchamiento “transversalista” de la enunciación debería conducir al levantamiento de la “cortina de hierro ontológica” (según la expresión de Pierre Lévy) que la tradición filosófica instaló entre el espíritu y la materia. El establecimiento de semejante puente transversalista mueve a postular la existencia de un cierto tipo de entidad que habitaría a la vez los dos dominios, en forma tal que se confiera a los incorporeales de valor y de virtualidad un espesor ontológico de similar nivel que el de los objetos engastados en coordenadas energético-espacio-temporales. Por otra parte, se trata menos de una identidad de ser que atravesaría regiones, por lo demás de textura heterogénea, que de una misma persistencia procesual. Ni Uno-todo de los Platónicos, ni Primer motor de Aristóteles, estas entidades transversales se presentan como hipertexto maquínico instaurándose mucho más allá de un simple soporte neutro de formas y estructuras, en el horizonte absoluto de todos los procesos de creación. No se postula, pues, la cualidad o el atributo como segundo con respecto al ser o a la sustancia; no se parte de un ser como puro continente vacío (y a priori) de todas las modalidades posibles de existente. El ser es primeramente autoconsistencia, autoafirmación, existencia para-sí desplegando relaciones particulares de alteridad. El para-sí y el para-otro

cesan de ser privilegio de la humanidad; cristalizan allí donde interfaces maquínicas engendran disparidad y, de rebote, son fundados por ella. El acento ya no recae sobre el Ser como equivalente ontológico general, el cual, por las mismas razones que otros equivalentes (el Capital, la Energía, la Información, el Significante) envuelve, clausura y desingulariza el proceso, sino sobre la manera de ser, la maquinación para hacer existente, las praxis generadoras de heterogeneidad y de complejidad. La aprehensión fenomenológica del ser existente en cuanto facticidad inerte no se da más que en el marco de experiencias límite como la náusea existencial o la depresión melancólica. La toma de ser maquínico, por su lado, se desplegará más bien a través de las envolturas temporales y espaciales múltiples y polifónicas y de los desarrollos potenciales, racionales y suficientes, en términos de algoritmos, de regularidades y leyes cuya textura es tan real como sus manifestaciones actuales. Y aquí se perfila, de nuevo, la temática de la ecología de lo virtual y de la ecosofía.

Las entidades maquínicas que atraviesan estos diferentes registros de mundos actualizados y de Universos incorporales son Janos Bifrontes. Existen concurrentemente con el estado discursivo en el seno de los Flujos molares, en relación de presuposición con un corpus de proposiciones semióticas posibles y con el estado no discursivo, en el seno de los focos enunciativos que se encarnan en Territorios existenciales singulares y en Universos ontológicos de referencia no dimensionados y no coordinados de manera extrínseca.

¿Cómo asociar el carácter infinito no discursivo de la textura de estos incorporales y la finitud discursiva de los Flujos energético-espacio-temporales y de sus correlatos proposicio-

nales? Pascal nos indica una dirección en su respuesta a la pregunta: ¿Cree usted imposible que Dios sea infinito y sin parte? “Sí, por lo tanto quiero hacer ver una cosa infinita e indivisible. Es un punto que se mueve por todas partes a velocidad infinita; porque está en todos los lugares y está todo entero en cada sitio.”<sup>3</sup> En efecto, sólo una entidad animada por una velocidad infinita (es decir, que no respete el límite cosmológico einsteiniano de la velocidad de la luz), puede pretender barrer a la vez un referente limitado y campos de posibles incorporales y dar así crédito y consistencia a los términos contradictorios de una misma proposición. Pero con esa velocidad pascaliana desplegando una “cosa infinita e indivisible”, aún estamos tan sólo en un infinito ontológicamente homogéneo, pasivo e indiferenciado. La creatividad intrínseca del nuevo paradigma estético supone repliegues más activos y más activantes de ese infinito, y ello bajo dos modalidades que vamos a examinar ahora y cuya doble articulación es característica de la máquina en el sentido ampliado que aquí se considera.

Un primer plegado caótico consiste en hacer coexistir las potencias del caos con las de la más alta complejidad. Sólo por un continuo ida y vuelta a velocidad infinita se diferencian las multiplicidades de entidades en complejidades ontológicamente heterogéneas y se caotizan al abolir su diversidad figural y al homogeneizarse en el seno de un mismo ser-no-ser. No cesan, en cierto modo, de sumergirse en una zona de ombligo caótica en que pierden sus referencias y sus coordenadas extrínsecas, pero de donde pueden volver a emerger investidas con nuevas cargas de complejidad. Es en el recorrido de este plegado caótico donde se instaura una interfaz entre la fini-

3. Pascal, *Pensées*, Sección III, pág. 231.

tud sensible de los Territorios existenciales y la infinitud trans-sensible de los Universos de referencia a ellos amarrados. Se oscila así, por un lado, entre un mundo finito de velocidades lentificadas, donde un límite se perfila siempre detrás de un límite, una coacción detrás de una coacción, un sistema de coordenadas detrás de otro sistema de coordenadas, sin que se llegue nunca a la tangente última de un ser-materia que huye por todas partes y, por otro lado, Universos de velocidad infinita donde el ser ya no se rehúsa, donde se da en sus diferencias intrínsecas, en sus cualidades heterogénicas. La máquina, todas las especies de máquina están siempre en esa encrucijada de lo finito y lo infinito, en ese punto de negociación entre la complejidad y el caos.

Estos dos tipos de consistencia ontológica, el ser-cualidad heterogénico y el ser-materia-nada homogénico, no implican ningún dualismo maniqueo por cuanto se instauran a partir del mismo plano de inmanencia entitaria y se envuelven el uno al otro. Pero la contrapartida de este primer nivel de inmanencia del caos y la complejidad es que no brinda la clave de la estabilización, de la localización, de la ritmización de las estasis y estratos cósmicos ralentizados, de los “congelamientos de imagen” de la complejidad, de lo que veda a ésta desandar camino para hundirse una vez más en el caos y de lo que los conduce, por el contrario, a engendrar límites, regularidades, coacciones, leyes, cosas todas éstas que debe asumir el segundo plegado autopoiético.

En realidad, no es legítimo tratar de interceptar la contingencia finita en un recorrido tan directo entre el caos y la complejidad. Hay para esto dos razones. Por una parte, la complejidad fugaz que emerge del caos para retornar a él con velo-



cidad infinita es ella misma virtualmente portadora de velocidades lentificadas. Por otra parte, el ombligo cósmico, por lo mismo que toma consistencia, tiene también un papel que cumplir en el parto de la finitud por sus dos funciones de *grasping* existencial y de transmonadismo. Por ejemplo, a la inmanencia de la complejidad y el caos nos veremos llevados a superponerle la inmanencia de lo infinito y la finitud; deberemos postular que la lentificación primordial manifestada en las velocidades finitas, propias de los límites y coordenadas extrínsecos y de la promoción de puntos de vista particularizados, habita tanto el caos como las velocidades entitarias infinitas que la filosofía intenta domesticar con sus creaciones de concepto. El movimiento de virtualidad infinita de las complejiones incorporeales lleva en sí la manifestación posible de todas las composiciones y de todas las conformaciones enunciativas actualizables en la finitud. La caosmosis no oscila, pues, mecánicamente entre cero y el infinito, entre el ser y la nada, el orden y el desorden: rebota y rebrota sobre los estados de cosa, los cuerpos, los focos autopoiéticos que ella utiliza con carácter de soporte de desterritorialización; ella es caotización relativa a través de la confrontación de estados heterogéneos de la complejidad. Estamos aquí frente a un infinito de entidades virtuales infinitamente rico en posibles, infinitamente enriquecible a partir de procesos creadores. Sólo una tensión para captar la potencialidad creativa en la raíz de la finitud sensible, “antes” de que se aplique a las obras, a los conceptos filosóficos, a las funciones científicas, a los objetos mentales y sociales, funda el nuevo paradigma estético. La potencialidad de acontecimiento-advencimiento de velocidades limitadas en el corazón de las velocidades infinitas constituye a éstas en intensidades creadoras. Las velocidades infinitas están preñadas de velocidades finitas, de una conversión de lo virtual en posible, de lo reversible en irre-

versible, de lo diferido en diferencia. Al constituir las mismas multiplicidades entitarias los Universos virtuales y los mundos posibles, esa potencialidad de bifurcación sensible finita inscrita en una temporalidad irreversible permanece en absoluta presuposición recíproca con la reversibilidad atemporal, el eterno retorno incorporal de la infinitud.

*Una tirada de dados*

*Jamás*

*Ni aun lanzada en circunstancias eternas*

*Desde el fondo de un naufragio...*

Esta irrupción de lo irreversible, estas elecciones de finitud no podrán ser encuadradas, adquirir una consistencia relativa, sino a condición de inscribirse en una memoria de ser y de posicionarse con relación a ejes de ordenación y de referencia. El pliegue autopoiético responderá a estas dos exigencias mediante la puesta en ejercicio de sus dos facetas, inextricablemente asociadas, de apropiación o de *grasping* existencial y de inscripción transmonádica. Pero el *grasping* sólo confiere una autoconsistencia a la mónada en la medida en que ésta despliegue una exterioridad y una alteridad transmonádica, de suerte que ni el primero ni el segundo disfrutan de una relación de precedencia, y en la medida en que no se puede abordar uno sin referirse al otro.

Comencemos no obstante por la vertiente del *grasping*: él insta un “sostenerse unido” entre:

- la autonomía respectiva de la complejión y de su ombligo cósmico, su distinción, su separación absoluta;
- y su concatenación, igualmente absoluta, en el seno del mismo plano de doble inmanencia.

La experiencia de semejante ambivalencia de posicionamiento y de abolición fusional nos está dada por la aprehensión de los objetos parciales kleinianos –el pecho, las heces, el pene...– que cristalizan al yo al tiempo que lo disuelven en relaciones proyectivas-introyectivas con el otro y el Cosmos. Una complejión incorporal, atrapada por el *grasping*, sólo recibirá su sello de finitud en la medida en que advenga el advenimiento-acontecimiento de su encuentro con una línea transmonádica que desencadenará la salida, la expulsión de su velocidad infinita y su lentificación primordial. Más acá de este franqueamiento de umbral, la existencia de la complejión incorporal, tanto como la de la composición y de la conformación candidatas a la actualización, permanece aleatoria, evanescente. La multiplicidad entitaria compleja se mide solamente por un foco autopoietico. Aquí mencionaremos sólo la experiencia de la primera rememoración del sueño, con la fuga alocada de sus rasgos de complejidad. Todo empieza de veras cuando el transmonadismo entra en escena para inscribir y transformar este primer encuentro autopoietico. Debemos volver a partir, pues, de su vertiente.

El metabolismo permanente de anonadación, despolarización y dispersión de lo diverso que trabaja a la mónada le impide delimitar una identidad propia. La nada fusional de una mónada “dada” habita la nada de otra mónada y así de seguido hasta el infinito, en una carrera de postas multidireccional con resonancias estroboscópicas. ¿De qué modo semejante tren de anonadación, a la vez omnipotente e impotente, logra ser soporte de inscripción de una remanencia de finitud? ¿Cómo deviene en desterritorialización? Sucede que allí donde no había más que desvanecimiento infinito, dispersión absoluta,

el deslizamiento transmonádico introduce una linealidad de orden –se pasa de un punto de consistencia a otro– que permitirá cristalizar la ordenación de las complejiones incorpóreas. La caosmosis funciona aquí como la cabeza de lectura de una máquina de Turing. La nada caótica patina y hace desfilar la complejidad, la pone en relación con ella misma y con lo que le es otro, con lo que la altera. Esa actualización de la diferencia opera una selección agregativa sobre la cual podrán incorporarse límites, constantes, estados de cosa. Desde ahora dejamos de estar en las velocidades de disolución infinitas. Hay un resto, una retención, la erección selectiva de semejanzas y desemejanzas. En simbiosis con complejiones infinitas, composiciones finitas se engastan en coordenadas extrínsecas, conformaciones enunciativas se engarzan en relaciones de alteridad. La linealidad, matriz de toda ordenación, es ya una lentificación, un envascado existencial. Puede resultar paradójico que sea la persistencia de una anonadación, o más bien de una desterritorialización intensiva, lo que da su consistencia corporal a los estados de cosa y a los puntos de vista autopoiéticos. Pero sólo este tipo de retroceso linealizante y rizomático puede seleccionar, disponer y dimensionar una complejidad que vivirá de ahora en más bajo el doble régimen de una lentificación discursiva y de una velocidad absoluta de no-separabilidad. La complejión virtual seleccionada queda marcada ahora por una irreversible facticidad envuelta en una proto-temporalidad que se puede a la vez calificar de instantánea y de eterna y que reconoceremos fácilmente en la aprehensión fenomenológica de los Universos de valor. El transmonadismo, por un efecto de retroacción, hace cristalizar en el seno de la sopa caótica primitiva coordenadas espaciales, causalidades temporales, escalonamientos energéticos, posibilidades de cruce de complejiones, toda una “sexualidad” ontológica he-

cha de bifurcaciones y de mutaciones axiológicas. De este modo, el segundo pliegue de ordenación autopoietica, profundamente activo y creacionista, despega de la pasividad inherente al primer pliegue caótico. La pasividad va a transformarse en límite, en enmarcado, en ritornelo sensible a partir de los cuales podrá advenir un enriquecimiento de complejidad finita y “controlada”, mientras que la heterogeneidad ontológica va a transmutarse en alteridad. Ya nada podrá hacer que tal o cual acontecimiento-advenimiento de lentificación primordial y de selección no haya tenido lugar; desde el momento en que se ha inscrito sobre la trama transmonádica autopoietica. Semejante límite aleatorio de un punto de vista virtual deviene accidente necesario y suficiente en la extracción de un pliegue de contingencia, o de una “elección” de finitud. En lo sucesivo, habrá que obrar con, partir de ahí, volver ahí, girar alrededor.

A través de ese enjambrazón de cristales de finitud y de esa declinación de atractores de posible, se verán irremediabilmente promovidos límites de territorialización como los de la relatividad y el intercambio fotónico, regularidades, coacciones; como la del cuanto de acción, que las conformaciones científicas semiotizarán en funciones, en constantes y en leyes. Pero el punto decisivo sigue siendo que la perspectiva transmonádica, lejos de resolverse en horizonte fijo de anonadación, se retrae en línea de fuga infinita, en forma de tornado, cuyas circunvoluciones, como las de los atractores extraños, confieren al caos una consistencia encrucijada entre la actualización de configuraciones finitas y una recarga procesual, siempre posible, soporte de bifurcaciones ordinales inéditas, de conversiones energéticas que escapan a la entropía de las

estratificaciones territorializada y abierta a la creación de conformaciones de enunciación mutantes.

Una tensión hacia esta raíz ontológica de la creatividad es característica del nuevo paradigma procesual. Ella pone en juego la composición de conformaciones enunciativas que actualizan la composibilidad de los dos infinitos, el activo y el pasivo. Tensión de ningún modo coagulada, catatónica o abstracta como la de los monoteísmos capitalísticos, sino animada de un creacionismo mutante, siempre por reinventar, siempre en trance de perderse. La irreversibilidad propia de los acontecimientos-advenimientos del *grasping* y del transmonadismo de la autopoiesis es consustancial a una resistencia permanente a las repeticiones circulares reterritorializantes y a una constante renovación de los enmarcados estéticos, de los dispositivos científicos de observación parcial, de los montajes conceptuales filosóficos, de la instalación de “hábitats” (*oikos*) políticos o psicoanalíticos (ecosofía). Producir nuevos infinitos a partir de una inmersión en la finitud sensible, infinitos no sólo cargados de virtualidad sino también de potencialidades actualizables en situación, desmarcándose o soslayando los Universales inventariados por las artes, la filosofía, el psicoanálisis tradicionales: cosas todas ellas que implican la promoción permanente de otras conformaciones enunciativas, de otros recursos semióticos, una alteridad captada en su posición de emergencia –no xenófoba, no racista, no falocrática– de los devenires intensivos y procesuales, un nuevo amor a lo desconocido... A fin de cuentas, una política y una ética de la singularidad, en ruptura con los consensos, con los “reaseguros” infantiles destilados por la subjetividad dominante. Dogmatismos de toda clase invisten y opacifican estos puntos de creacionismo que vuelven necesario el enfrentamiento sin tregua, en el análisis del inconsciente, como en todas las otras disciplinas, con colapsos de

insentido, con contradicciones insolubles, manifestación de cortocircuitos entre la complejidad y el caos. Por ejemplo, el caos democrático que encubre una multitud de vectores de re-singularización, de atractores de creatividad social en busca de actualización. No es cuestión aquí de lo aleatorio neoliberal y de su fanatismo de la economía de mercado, mercado unívoco, mercado de las redundancias de poder capitalísticas, sino de una heterogénesis de los sistemas de valorización y de una eclosión de nuevas prácticas sociales, artísticas, analíticas.

Ahora bien, la cuestión de la transversalidad intermonádica no es solamente de índole especulativa. Ella compromete un cuestionamiento del cerco disciplinario, del cierre solipsista de los Universos de valor que prevalecen hoy en muchos dominios. Tomemos un último ejemplo, el de una redefinición abierta del cuerpo, tan necesaria para la promoción de conformaciones terapéuticas de la psicosis; el cuerpo concebido como intersección de componentes autopoieticos parciales, con configuraciones múltiples y cambiantes, trabajando juntos y también cada uno por sí mismo; todos “los cuerpos”: el cuerpo propio especular, el cuerpo fantasmático, el esquema corporal neurológico, el soma biológico y orgánico, el sí mismo inmunológico,<sup>4</sup> la identidad personológica en el seno de los ecosistemas familiares y de medio ambiente mentales [*environnementaux*], la fisonomía colectiva, los ritornelos míticos, religiosos, ideológicos... Otras tantas territorialidades existenciales ligadas por la misma caosmosis transversalista, otros

4. Anne-Marie Moulin, *Le dernier langage de la médecine. Histoire de l'immunologie de Pasteur au sida*, París, PUF, 1991.

tantos “puntos de vista” monádicos escalonándose, estructurándose a través de ascensos y descensos fractales, autorizando una estrategia combinada de abordajes analítico, psicoterapéutico institucional, psicofarmacológico, de recomposición personal delirante o de carácter estético... Es una sola y misma cosa declarar estos territorios parciales, y sin embargo en nexo directo con los más diversos campos de alteridad: lo cual explica que el cierre más autístico puede estar en directa conexión con las constelaciones sociales y con el Inconsciente maquínico del ambiente, con los complejos históricos y las aporías cósmicas.